

historiadores a tomar este material como insumo básico o guía para seguir la pista de diversos problemas de esa época y desarrollar distintos temas y problemas de investigación en el campo de la Historia, la Cultura o la Educación regional.

Advierto eso sí, que el apartado anexo trae dos entrevistas y relatos de lujo sobre el periodo de Manuel Rodríguez Rodríguez, destacado militante del Partido Socialista y congresista y, el de Luis Ubilla Grandi, integrante del Movimiento Gremialista y presidente del Partido Nacional en esa época en Concepción, son muy pertinentes en este libro. Ellos entregan sus testimonios acerca de cómo vivieron la época del gobierno de Allende en Concepción, desde sus respectivas perspectivas personales y políticas. Esto también llamará la atención del lector, pues, asoman en los relatos aspectos poco conocidos o controversiales de los hechos acontecidos en Concepción. Sin embargo, sería deseable la continuación de la compilación de muchas otras vivencias de testigos o protagonistas de aquella época para formar un libro distinto; permítaseme dejar esta última idea como un desafío a emprender por estos autores, comprometidos con la historia de Chile y de Concepción.

**Fernández Soldevilla, Gaizka y Domínguez Iribarren, Florencio (coords.), *Pardines. Cuando ETA empezó a matar*, Madrid, Tecnos, 2018, 384 pp.**

Por Sergio Cañas Díez  
(Universidad de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos)

Este libro de microhistoria explica la historia de un acontecimiento, el asesinato del guardia civil José Antonio Pardines en 1968; la primera víctima mortal de ETA. Pero en todo momento sobrevuela la propia historia de su alter ego, Txabi Echebarrieta, el terrorista que apretó el gatillo y se convirtió así en el primer asesino de la banda terrorista y que, paradójicamente, es también el primer terrorista muerto por la Guardia Civil. Aporta un análisis del contexto histórico en donde se enmarcan las muertes de Pardines y Echebarrieta y comenzaron sendos capítulos diametralmente enfrentados pero que se necesitaron para existir: el de las víctimas y el de los victimarios.

Desde el prólogo de Fernando Aramburu, se reflexiona sobre los hechos históricos que proceden “de una suma inabarcable de acontecimientos anteriores” y producen otros tantos aún

sin que en el momento se sea consciente de sus repercusiones. Pues el periodo de actividad de ETA comenzó a finales de la década de 1950 pero tuvo en la primavera de 1968 “el suceso desencadenante” de una espiral delictiva prolongada durante más de cuatro decenios: el asesinato de Pardines, un agente de tráfico, y la muerte de su agresor, Echebarrieta, en un tiroteo con la Guardia Civil. En la introducción, Florencio Domínguez recuerda que no hay personajes históricos anónimos ni meros nombres y apellidos escritos en un papel que cumplen una función dentro del relato histórico: el sujeto es una persona real con una historia propia a la que determinadas coyunturas o acontecimientos les llevan a tener un papel concreto en la Historia. Pero tienden a ser olvidadas cuando el acontecimiento prima sobre la persona. De ahí la importancia que tienen este tipo de trabajos, donde el rigor por el conocimiento histórico se combina por la recuperación de la memoria de las víctimas del terrorismo con un doble fin: consumir la derrota intelectual del terrorismo y prevenir a futuras generaciones del uso de la violencia como herramienta política.

La primera parte del libro nos conduce de lo general hacia lo particular, como modo de contextualizar los acontecimientos que pusieron fin a la vida de José Antonio Pardines y a la de su asesino, Txabi Echebarrieta. Juan Avilés explica el inicio de un ciclo histórico mundial dominando por la violencia política y el terrorismo a escala internacional entre finales de los 60 e inicios de los 70 del siglo XX: la Tercera Oleada del Terrorismo. Protagonizada por agrupaciones, normalmente juveniles y contraculturales, en Europa, Asia y América ligaron en sus casos más extremos la revolución social y la realización de objetivos nacionales con la violencia, muchas veces estimulados por el éxito de la Revolución cubana de 1959. Aunque no siempre la protesta mutó en terrorismo, en España confluyeron grupos terroristas nacionalistas, de extrema izquierda y ultraderechistas de los que ETA fue el más duradero. Santiago de Pablo presenta el contexto regional de la década de 1960, analizando la imagen de la Euskadi rural, tradicional y folclórica, donde los paisanos se expresan exclusivamente en euskera y se convivía con la guardia civil pacíficamente. Pero cuya convivencia se fractura en 1968 tras el asesinato del guardia civil, José A. Pardines, en nombre de la hipotética lucha del pueblo vasco y su liberación. A partir de entonces la primera realidad quedó olvidada, pues la acción de ETA y la represión del Estado han terminado configu-

rando el imaginario colectivo de un pueblo vasco levantado en masa contra el franquismo. La falta de estudios históricos contemporáneos sobre el País Vasco en su conjunto y la espectacularidad que conllevan los pasados traumáticos, han hecho el resto. Pues sobre todo se ha privilegiado los estudios del antifranquismo en Euskadi y apenas se ha investigado la aportación vasca de la dictadura y el apoyo de los vascos al desarrollo del franquismo.

Gaizka Fernández se centra en el asesinato de Pardines, el acontecimiento central del libro. Es una narración detallista, derivada de una investigación meticulosa sobre el proceso, que hace que casi lo podamos ver, vivir y recrear en nuestra imaginación. Y que demuestra que Pardines era algo más que un guardia de tráfico y es algo más que la primera víctima mortal de ETA. En un estilo que recuerda mucho al del escritor J. Cercas, se ha hecho una anatomía del crimen (p.79), una reconstrucción documental del atentado, contraponiendo los datos surgidos de la investigación frente a los distintos relatos que hasta el momento se han escrito sobre el tema. Concluyendo que a Pardines lo mataron Echebarrieta y Sarasketa aunque no existe la certeza absoluta de que el segundo llegase a disparar. Todo lo cual rompe con un relato que la propia ETA se encargó de difundir, donde víctima y asesino abrieron fuego a la vez pero el segundo fue rápido mientras que el segundo terrorista trató de impedirlo. Al mismo tiempo, se trata de resolver la segunda pieza de este enigma, la muerte de Echebarrieta. ETA difundió la especie de que fue detenido, esposado y ejecutado extrajudicialmente, pero ahora sabemos que su muerte se produjo tras un tiroteo con la Guardia Civil.

A partir del cuarto capítulo la obra tiene un nuevo ritmo interno y da comienzo a una segunda parte, que también sigue la lógica anterior de ir de lo general a lo particular pero por otros medios. Raúl López presenta un capítulo historiográfico para analizar lo que se ha publicado sobre el Pardines y Echebarrieta, por un lado, y sobre otras víctimas del terrorismo de esta época como el inspector Manzanos, por el otro. Siendo sintomático que la primera biografía sobre el terrorista date de 1993 y la de su víctima sea la de este libro, ya que a diferencia del caso Manzanos, que forma parte de la memoria popular, el de Pardines casi fue olvidado socialmente. Además, el tratamiento de víctima y victimario ha sido desigual en varios puntos. Primero porque la literatura militante ha segui-

do acriticamente el relato que la propia ETA se encargó de difundir: Pardines murió porque fue más lento a la hora de desenfundar su arma contra Echebarrieta y éste fue “asesinado (sic)” por la Guardia Civil como represalia por la muerte de su compañero. También porque de Pardines no se ofrecen datos, ni siquiera se cita el nombre reduciéndolo, deshumanizándolo, a un oficio, a ser un guardia civil. A Echebarrieta se le presenta como “un humanista armado”, un brillante intelectual con sensibilidad artística que no dudó en tomar las armas para defender sus ideas como si fuera un *Che* Guevara euskaldún.

José Antonio Pérez y Javier Gómez, ofrecen un análisis artístico y filosófico. Contraponen el recuerdo material entre víctima y agresor, y el vacío que existe en el lugar donde Pardines fue asesinado, donde no nada que recuerde el hecho, pero sí en el sitio donde cayó su asesino, Echebarrieta. Espacio de culto venerado por décadas por la izquierda patriótica vasca. También analizan iniciativas socioculturales para significar ambos espacios desde diferentes coordinadas intelectuales e ideológicas. En una segunda parte, hacen un ejercicio biográfico al trazar la vida de Pardines desde su infancia en un pueblo gallego hasta el momento de su asesinato y explicar cómo ha vivido su familia desde entonces.

Jesús Casquete analiza las estrategias de comunicación del terrorismo estudiando el discurso generado por el caso Echebarrieta, a quien se presentó como un “mártir de leyenda”. Pues violencia y propaganda son medios usados por los terroristas para lograr fines políticos y la segunda es necesaria para amplificar la primera y así alcanzar sus metas: para vencer hay que vencer y dado que los terroristas no cuentan con la legalidad, tratan de legitimarse por el apoyo popular que genera la propaganda. En la estrategia comunicativa de ETA se trató de convertir en héroes a sus militantes, máxime cuando mueren o son detenidos. Una operación de maquillaje que en el caso de Echebarrieta, el primer etarra muerto en combate, cobra mucho sentido en tanto en cuanto permite desarrollar todo el contenido teórico del capítulo. Incluso la pistola que usó el terrorista fue merecedora de una épica desmontada por esta investigación.

A partir del séptimo capítulo, la obra entra en una senda parcialmente diferente. Abandonando todo propósito microhistórico, ahora se comienza a ir desde lo particular hacia lo más general pero en un sentido diferente al de los primeros

capítulos y también sumando esfuerzos desde otras ciencias diferente a la historia. Óscar Jaime Jiménez ofrece una comparativa entre el cambio de la estrategia de ETA y la respuesta policial entre 1969-1978. Donde se demuestra que el hecho de que la dictadura ofreciera una respuesta tan contundente como violenta, arbitraria y muchas veces restringida frente al problema incipiente del terrorismo, no hizo sino retroalimentar la espiral de violencia prevista por el terrorismo dentro de la estrategia de acción-represión-acción que poco a poco hizo que sectores sociales no nacionalistas y que incluso no comulgaban con las acciones terroristas, terminasen sintiendo comprensión con los terroristas y se formase de ETA una lectura poco clara como organización eminentemente antifranquista. Otros elementos que se tienen en cuenta y se introducen en el análisis de la respuesta policial, es la bisoñez de los efectivos policiales ocupados en el País Vasco a medida que los más veteranos fueron trasladándose por propia voluntad a otros puntos de España menos convulsos. Asimismo, el hecho de que desde la óptica policial de la dictadura todo rastro de oposición a la dictadura o de simpatía nacionalista vasca se viera y se reprimiera como si se tratase de un militante de ETA, o al menos como un simpatizante, también contribuyó a reforzar la legitimidad de la banda armada y a mermar los apoyos al Estado.

Roncesvalles Labiano y Javier Marrodán ahondan en las prácticas policiales de la lucha antiterrorista y analizan los diferentes éxitos en tal sentido. Si bien apenas hay relación con el objetivo principal del libro, el asesinato de Pardines, completa en buena medida el análisis realizado en el capítulo precedente ya que presenta una actuación policial basada en la inteligencia y el espionaje. Comenzando por la estrategia de la Unidad de Servicios Especiales de cara a buscar agentes que pudieran infiltrarse en la organización y ayudar a la defensa del Estado desde dentro. Al mismo tiempo también se defiende la eficacia de la presencia de policía secreta, de paisano, en el País Vasco que en vez de efectuar detenciones masivas comenzó a ser selectiva en las personas que tras ser interrogadas podían aportar luz de cara a entender la propia organización terrorista. Muchas veces logrando que algunos militantes, simpatizantes y personas cercanas al entorno terrorista, colaborasen con la propia policía a cambio de beneficios judiciales individuales. Todo lo cual no excluyó el mantenimiento de algunas prácticas poco honrosas aunque tradicionales,

como el empleo de las torturas y los maltratos físicos o psicológicos en comisarías.

El penúltimo capítulo, firmado por María Jiménez, se dedica al análisis cuantitativo y cualitativo de las primeras víctimas de ETA. Si bien contraponiendo en todo momento y completando el cuadro con el total de víctimas del terrorismo en España hasta la muerte de Franco, no solo mortales sino amenazas, secuestradas, etc. Recordando que poco antes de la muerte de Pardines, de su asesinato, a la altura de 1965 ya se produjeron las primeras víctimas no mortales. Además también contribuye a desmentir una idea más o menos asentada en bastantes trabajos precedentes que presentan a Begoña Urroz como la primera víctima de ETA, cuando la verdad es que aunque es la primera víctima española del terrorismo ya que su óbito ocurrió en 1960 (razón por la que el día de su muerte, el 27 de junio, fue elegida en España para celebrar oficialmente el Día de las Víctimas del Terrorismo), la autoría del atentado que segó su vida es del DRIL.

José María Ruiz elabora a modo de broche final, una reflexión sobre la responsabilidad del terrorismo de ETA, defendiendo la tesis de que las causas principales fueron la ideología nacionalista vasca y voluntad de los etarras. No en un plano reduccionista, la realidad histórica fue más compleja, sino constructivista. Sin omitir la responsabilidad de cada terrorista, pero relacionándola con su educación nacionalista, con una lectura idealista y romántica del pasado del País Vasco que les convenciera de la operatividad de una violencia estructural netamente vasca, en donde Euskadi se enfrentaba a las invasiones de España y luchaba por su independencia. Todo lo cual no pasa por una crítica sumaria al ideario nacionalista vasco en general, pues es su vertiente más radical la que mantuvo esta lectura de las esencias históricas del pueblo vasco. Pero sí que defiende una concomitancia entre las tesis nacionalistas del joven y primer Arana a finales del siglo XIX, a la sazón el padre del nacionalismo vasco, y las propias tesis de ETA que las cruzaron y entremezclaron con las teorías descolonizadoras y tercermundistas propias de su época. La propia existencia de una dictadura en España, fue el escenario propicio para el surgimiento de ETA y su decisión de usar la violencia como herramienta política.